

yectaron en sangre... y no pudiendo desprenderme de la mano que me ahogaba, caí como muerta al suelo, exhalando un quejido espantoso.

A este punto de su historia llegaba la hermosa Soledad, cuando entró un criado anunciando a don Felipe que le buscaba una persona, cuyo nombre dijo, y que era de alta consideración para la casa.

En el rostro del señor Flan se pintó el sentimiento de verse obligado a no seguir escuchando aquel funesto episodio de la vida de la joven que amaba; se levantó de la silla, alargó cariñoso la mano a la afligida hermosa, y se salió, prometiendo volver lo más pronto posible a escuchar el fin de aquel interesante acontecimiento.

CAPITULO III

Concluye Soledad su historia

Soledad quedó inquieta y triste meditando en el efecto que habría causado su relación en el ánimo de don Felipe.

Acababa de saber que aquel hombre la amaba con todas las veras del alma; que aspiraba a su mano como al único bien que existía sobre la tierra, y temía que, dominando en su pecho el deseo a la razón, se creyese desairado y ofendido con la ingenua confesión de sus afectos. Sin embargo, al lado de este alarmante pensamiento, se levanta dulce y consolador otro, que, por ser generoso y noble, se asociaba más íntimamente a los leales sentimientos de su alma sin mancharla.

Este pensamiento era que, en don Felipe, cuyo franco corazón le era altamente conocido, dominaría acaso la generosidad, sobreponiéndose esta virtud a todas sus aspiraciones, y aun a su mismo amor. ¡Había recibido de su generosa mano tantas pruebas de abnegación y de sincera amistad, que casi consideraba como un crimen el haber dado entrada a cualquiera otra idea de dureza y de severidad!

—Sí —se decía a sí misma—; su alma es incapaz de ningún afecto que lleve el desconsuelo y la pena al corazón de sus semejantes; su pecho es magnánimo como el de un buen padre; sus sentimientos elevados y tiernos hasta la sublimidad, y sus ideas de justicia, invariables y rectas como las que forman el principal atributo de la diosa Thémis. Sí; estoy cierta de que respetará mi dolor y mi

infortunio; de que la sinceridad de mis palabras con respecto a su amor, no menguarán en nada su cariño y su benevolencia. Pero si me equivoco, si por desgracia la debilidad humana supera en él a los sentimientos de generosidad, entonces me cabrá la satisfacción de haber cumplido con un deber; de haber descargado mi conciencia de una superchería que me avergonzaba. Dejaré esta casa, donde he vivido en la abundancia, y habitaré, como antes, un humilde cuarto donde sólo Félix, que me comprende, sorprenderá mis lágrimas y mi melancolía.

Dos golpecitos dados a la puerta en aquel instante vinieron a sacarla de sus meditaciones.

—¿Quién llama?—preguntó con dulce y conmovida voz.

—¿Se puede entrar?—contestaron desde fuera.

—Dígnese usted pasar, don Felipe.

—Estaba impaciente por escuchar el fin de la historia comenzada —dijo el señor Flan, entrando y ocupando el asiento que poco antes había dejado—. Así es que, no bien se ha marchado la persona que interrumpió la relación en el punto más interesante, he venido a tener el gusto de escuchar de sus labios la conclusión de ella, si es que usted se digna complacerme continuándola.

—Con suma voluntad y placer voy a tener el gusto de obsequiar el justo deseo de usted.

—Mil gracias por su buena disposición.

Soledad, para traer a la memoria todos los acontecimientos, y colocarlos en el orden en que debía relatarlos, meditó un momento.

Don Felipe se dispuso a escuchar atentamente.

Había sospechado que la aflicción de la extranjera, la herida de su hijo y los gritos y lamentos escuchados por la joven, habían sido meditados para que ésta, creyendo fácil salvarse, intentase la fuga, diese lugar a que se trabase una lucha con su carcelera, y al verla privada de sentido, penetrase su inicuo raptor a despojarla para siempre de su honor.

Esta idea le tenía inquieto y sobresaltado.

Soledad, después de haber meditado un instante, continuó de esta manera su interrumpida historia.

—Al caer a tierra por la falta de respiración, y casi estrangulada por la férrea mano de mi carcelera, exhalé un hondo gemido y creí llegado el último instante de mi vida. Pero no sucedió así; al rodar al suelo y verme libre del horrible nudo que oprimía mi garganta, me sentí renacer a la vida, y viendo que mi carcelera se disponía a salir,

cerrando la puerta, me agarré fuertemente de sus pies, impidiéndole andar. Entonces la vi levantar, desesperada, el pomo, para romperlo en mi cabeza y matarme, acaso; pero cuando se disponía a descargar el golpe, aparecieron un joven y una venerable anciana, de fisonomías francas y simpáticas, seguidos de dos criados, que preguntaron lo que sucedía.

«—¡Ah! ¡sálveme usted, caballero! ¡sálveme usted, señora! —exclamé yo afligida—. ¡No me dejen ustedes aquí! ¡Me tienen cautiva! ¡Anhelan mi deshonra!

«—Nada tema usted, señorita —contestó el joven, arrancándome de los brazos de la extranjera y conduciéndome al lado de la respetable anciana que le acompañaba—. Si en efecto necesita usted de nuestro apoyo, puede usted contar desde ahora con él. ¿No es verdad, madre mía?—añadió, dirigiéndose a la anciana.

«—Sin duda alguna—contestó la venerable mujer, estrechándome contra su corazón para tranquilizarme.

«—¡Ah! ¡gracias!—exclamé yo, viendo abierto el cielo de mi felicidad, y en breves palabras les conté la manera con que fui arrancada del lado de mi familia.

«La indignación del joven y de su anciana madre hacia mis raptos fué inmensa.

«—¡Señora! —le dijo el primero a la que se empeñaba en retenerme en su poder—, hemos salvado la vida de su hijo de usted y no queremos entregarle al brazo inexorable de la justicia. Cuide usted de él y siembre en su corazón principios más rectos y generosos.

«En seguida salimos de la casa, que estaba oculta y aislada en un pequeño bosque, retirado del camino, a un lado de Tlalnepantla.

«Allí nos esperaba un coche tirado por ocho mulas, en que hacían su viaje mis salvadores, acompañados de otros dos mozos más, que estaban a caballo y perfectamente armados.

«—Nosotros vamos a Querétaro —me dijo la señora—. Salimos de México a las tres de la mañana para llegar a las diez a Cuautitlán. Desde esta población, si a usted le parece, escribiremos a su familia el feliz encuentro que hemos tenido, para que envíen por usted al momento.

«Llena de placer y de reconocimiento, les di las gracias por su generosidad y benevolencia, subimos al carruaje y echamos a andar, seguidos de los cuatro criados que marchaban a caballo.

«Durante la travesía me contaron que, habiendo oído

algunos lamentos, violentaron el paso de las mulas, para llegar al sitio en que se oían; que al estar en él, vieron revolcándose en su sangre a un hombre, el cual, después de decirles que por despojarle de algún dinero que llevaba habían tratado de asesinarle tres ladrones que le asaltaron; suplicó que le condujesen a su casa, como lo hicieron, dejando el coche en el camino, y desmontando dos de los criados para llevarle; que al colocarle en su lecho y disponerse a partir, oyeron los gritos de socorro que yo di, a los cuales acudieron, teniendo el gusto de salvarme.

«Yo volví a darles las gracias; y acariciando la consoladora idea de que muy en breve tendría el inefable placer de volver al lado de mis queridos padres y de escuchar las palabras de amor del hombre que era el bello ideal de mi porvenir, llegamos al pequeño pueblo de Cuautitlán.

«No bien desmontamos del coche, nuestra primera diligencia fué escribir a mis padres, y enviar la carta con uno de los criados de mis salvadores, que pudiera responder satisfactoriamente a las preguntas que indudablemente le habían de hacer.

«Mi inquietud era extrema. Mi imaginación me presentaba el gusto, la alegría, las lágrimas de consuelo que los autores de mis días vertirían al recibir la feliz noticia. Veía a Núñez, al sér que idolatraba, sonreír de dicha, informarse anhelante de mi salud, de la más insignificante de mis palabras, besar los caracteres trazados por la convulsa mano de la mujer destinada a ser su compañera en el penoso viaje de la vida, y no pudiendo contener su impaciencia por verme, pedir un caballo, montar en él y partir en el momento, corriendo en alas del amor y del deseo, a inundarme de abrazos y de caricias.

Don Felipe sintió un desasosiego indecible al escuchar las últimas palabras de Soledad.

La amaba; y aunque es cierto que su alma era generosa y noble, no por esto se podía exigir de él sacrificios que excedieran a la débil naturaleza humana.

Era hombre, y era indispensable que pagase tributo a las flaquezas de todo amante, aunque al fin venciese en él la generosidad a todo otro afecto.

La joven, a su vez, conmovida por los recuerdos que despertaban al sonido de sus palabras, sintió agolparse a sus hermosos ojos algunas lágrimas que, después de temblar un instante en sus prolongadas pestañas, como las gotas del rocío sobre el pétalo de la flor, rodaron suave-

mente por sus purísimas mejillas, como fieles intérpretes de su grato dolor y de sus tiernas memorias.

Don Felipe leyó en cada una de aquellas lágrimas el poema de eterno amor grabado en el tierno corazón de aquel ángel de pureza y de sensibilidad; poema en que se leía en armoniosa rima, el nombre del venturoso amante que hizo latir por primera vez y para siempre el pudoroso seno de la hermosa; idilio amoroso estereotipado en el alma y del cual no era ya dable arrancar los caracteres del sentimiento impreso ni colocar otro alguno que le substituyera.

Convencido de esta verdad y respetando la firme constancia del hechicero ser que idolatraba, hizo un esfuerzo supremo para avasallar sus sentimientos amorosos; supeditó el desec de ser correspondido, a los fueros de la razón, y ahogando en su pecho hasta la más ligera emanación apasionada del alma, contestó con melancólica ternura:

—¡Ah! sí... la impaciencia de usted debía exceder los límites de la ponderación, como que esperaba usted el bien supremo de la vida.

—¡Y sin embargo mi esperanza se desvaneció como un bello sueño al tronido de la tempestad; como los lindos colores que matizan las pintadas alas de la mariposa al contacto de los calientes dedos; como el porvenir del niño que sonríe a las caricias maternas y desaparece al duro golpe de la cortante segur de la implacable muerte!

—¿Será posible?

—Sí, don Felipe; el criado volvió sin que las cartas fuesen abiertas.

—¡Cómo...!

—Mis padres habían abandonado la ciudad después de haber vendido varias casas que en ella tenían.

—Pero, ¿no dejaron dicho, por si acaso usted parecía, el sitio a que partían?

—¡Nada! ¡absolutamente nada!

—Eso es inconcebible en unos padres a quienes se deben suponer nobles y elevados sentimientos.

—¡Ah! ¡tal vez mi infame raptor se valdría de medios reprobados para hacerles creer que yo había desaparecido por mi libre albedrío! Sí... a la infamia, acaso agregaría la calumnia; y donde existía una mujer desgraciada y perseguida no vieron más que una hija infame y criminal!

Y Soledad dejó caer su bellísima cabeza sobre el pecho, agobiada con el peso del dolor y del infortunio.

Los recuerdos de una época de felicidad y de ventura,

la memoria de sus queridos padres, el sentimiento nacido de la creencia de que su anciana madre la juzgase impura, todo esto, unido a la sensible idea de la infidelidad y desprecio de su amante, le prensaron el corazón, y llevaron a sus ojos el llanto de los afectos más íntimos, sumergiéndola en un océano de tiernas pero amargas meditaciones.

Don Felipe, conmovido por la actitud melancólica de la hermosa joven, se olvidó del profundo amor que le había inspirado, para no acordarse más que de consolarla en su extremo dolor.

—Tranquílcese usted, hermosa Soledad —le dijo con fraternal cariño, tomándola una mano que ella abandonó sin temor, leyendo en la sinceridad del hombre que la había colmado de beneficios—. Tranquílcese usted. Sensible es que una lengua maledicente haya emponzoñado la existencia de los autores de sus días, haciéndoles dudar de la virtud de su desgraciada hija; pero Dios, que lee en el fondo de su corazón de usted... que ve su inocencia y sus padecimientos, recompensará liberalmente sus penas y sus desgracias.

—¡Pobres padres míos!

—¿Y nada llegó usted a saber del hombre a quien estaba consagrada su mano?

—¡Nada! ¡No me quedaban en el mundo otras personas que se interesasen por mí que mis salvadores! Al verme afligida y abandonada, la excelente anciana trató de consolarme; me dijo que desde aquel instante me consideraba como hija suya; y continuamos nuestro viaje hasta llegar a Querétaro, en donde su hijo, que no era otro que don Félix, tenía una gran tienda de comercio.

»Allí, para evitar malignas conjeturas y sospechas del vulgo murmurador, convinimos en que pasaría como una sobrina suya; y así, tranquila y obsequiada, viví hasta que, atacada mi excelente protectora de una aguda enfermedad, bajó al sepulcro, dejándome recomendada a su buen hijo. ¡Yo lloré la muerte de aquella virtuosa señora, como se llora la pérdida de una madre...! ¡Había sido tan buena para conmigo...!

—¿Y quién no es bueno para con la virtud personificada?—exclamó don Felipe, prendado de los nobles sentimientos de su sensible interlocutora.

Soledad, dominada por su sentimiento y sin fijar la atención en las palabras de don Felipe, continuó:

—A esta sensible pérdida, pronto siguió otra terrible desgracia, pues no parece sino que las desventuras son co-

bardes y andan siempre unidas para atacar simultáneamente al hombre.

—¿Y qué desgracia fué esa?

—Don Félix, llevado de su hidalgo corazón, había fiado sumas considerables a personas de su mismo giro, las cuales, metiéndose en otras empresas aventuradas, y no pudiendo salir airoosas de ellas, quebraron, arrastrando en su ruina al hombre que les había favorecido. Don Félix sintió la pérdida de sus bienes, más por mí, a quien se creía en la sagrada obligación de favorecer, que por él mismo. Animado del noble sentimiento de cumplir con la última voluntad de la mujer que le dió la vida, me dijo que pensaba venir a México, donde fácilmente encontraría una colocación que le proporcionase los medios de atender a mis necesidades.

—¡Oh! —exclamó don Felipe, arrebatado de entusiasmo—. Ahora le quiero como nunca le he querido.

—Vinimos, pues, a México; alquiló una humilde, pero aseada habitación; halló un excelente destino en la recomendable casa de usted, donde ha permanecido hasta hoy, tratando de corresponder a la generosidad del mejor de sus amos. Yo, temiendo nuevas persecuciones de mi incógnito enemigo, y sospechando que mi raptor podía dar conmigo, cambié mi nombre de Adela por el de Soledad, y no salía de mi casa sino los días de oír misa, y eso muy temprano, para evitar un desgraciado encuentro. Esta es mi historia, don Felipe. Ahora que conoce usted el secreto de mi corazón, juzgará si soy acreedora a su desprecio o digna de su compasión.

—¡Oh! ¡La felicidad de usted me interesa más que la mía propia! ¡Amaba a usted! Ahora, ¡la amo y la respeto! ¡También los sacrificios tienen su recompensa y su placer! ¡Yo hago el sacrificio de mi amor, y mi alma experimenta las delicias que proporciona el cielo a toda buena acción! ¡Desde hoy vivirá usted en mi casa, como si fuese usted una hermana... una hija...!

—¡Gracias! ¡Gracias, don Felipe!—exclamó enternecida la hermosa, y las lágrimas de la inmensa gratitud que rebosaba el pecho, rodaron por sus mejillas.

—¿Y no ha vuelto usted a encontrar a Núñez?

—¡Sí, señor! ¡Le he visto otras dos veces!

Y Soledad le contó cuanto el lector conoce ya.

—¡Oh! ¡Es incomprensible ese cambio! No; yo indagaré dónde vive; le veré, le hablaré, sabré la causa que abriga para este rompimiento... tal vez sea una calumnia...

—¡Sí! ¡Mil veces he llegado a sospechar que le han indispuerto contra mí!

—Pronto lo sabré. ¡Adiós, hermosa Soledad, adiós! Ponga usted su confianza en el cielo... Perdona usted el disgusto que le haya causado mi inoportuna declaración de amor, y donde temía usted acaso encontrar un amante egoísta, no vea usted desde hoy más que un amigo sincero, dispuesto a sacrificarse por su felicidad.

Y don Felipe, profundamente conmovido, salió de la pieza al pronunciar estas palabras.

Al cruzar el corredor se encontró con Félix.

—Acabo de saber —le dijo—, lo que sufre por su amor la desgraciada Soledad.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido el dependiente.

—Sí; acabo de escuchar de su boca la parte más triste de su vida: su rapto, la manera con que usted la salvó de la casa en que esperaba de un momento a otro su deshonra; la generosidad con que usted y su anciana madre la cuidaron; sus sacrificios por ella; el justo motivo para darse el título de primos, y cambiar el nombre de Adela por el de Soledad; en una palabra, todo cuanto tiene relación con su existencia.

—¡Dios mío!

—Nada debe usted temer, don Félix; lo que usted ha hecho le ensalza a mis ojos y le hace digno de mi consideración y de mi amistad. Yo la amaba; soñé en la felicidad de ser correspondido; pero desperté a la realidad y al convencimiento de que no puede ser feliz conmigo.

—¡Ni con nadie en la tierra!—contestó Félix con sentimiento.

—¿Ignora usted que existe un hombre a quien ama?

—Lo sé; y, por lo mismo, conozco que ya no puede ser feliz en el mundo.

—¿Y por qué no? ¿Porque ese hombre la ha olvidado? ¿Porque una calumnia acaso le ha hecho renunciar a la mujer más pura y más hermosa que cobija el limpio pabellón del cielo?

—¡No, señor!

—Pues, ¿por qué causa?

—Porque... ¡porque a ese hombre le han asesinado...!—pronunció en voz baja don Félix.

—¡Asesinado...!—exclamó don Felipe; y él y su leal dependiente se estremecieron.

Entretanto, la hermosa Soledad, henchida de placer por el buen resultado que había alcanzado su ingenua confe-

sión, se dirigió al sitio en que guardaba el retrato del hombre que idolatraba; tomó en sus delicadas manos la preciosa miniatura; fijó amorosa en ella sus azules ojos, humedecidos de tiernas lágrimas; lo estrechó contra su palpitante corazón, y volviéndole a mirar enternecida, exclamó con acento conmovido y más dulce que el murmullo de la brisa: «¡Yo te perdono tu ingratitud! ¡Te amo, a pesar de tus desprecios... de tu crueldad... de tu olvido...! ¡Ah...! ¡Dios te haga tan feliz como tú me haces desgraciada! ¡Núñez! ¡Núñez! ¡Tuya, o de nadie...!».

CAPITULO IV

Mi felicidad por su honra

¿Quién es esa joven, hermosa como el pensamiento de la felicidad, melancólica y dulce como el recuerdo de nuestros primeros años, de cuyos ojos se desprenden algunas brillantes lágrimas que van a caer sobre los cortos renglones trazados en un perfumado papel de color amarillo claro que en su blanca mano sostiene abatida?

Cualquiera, al contemplarla rodeada de celestial belleza, de indefinibles gracias, y de mágicos hechizos, la creería la encantadora Psiquis, cifra y compendio de toda humana belleza en el cuerpo, tesoro de inocencia, candor y sensibilidad en el alma, de quien el mismo Amor fué ciego admirador y rendido amante.

Pero, ¿por qué llora? ¿Por qué baña su apacible rostro ese misterioso llanto que anubla el limpio sol de su angelical mirada? ¿Será, por desgracia, cierto que «es la desdicha estrella de la beldad»?

¡Ay! ¡La desdicha es la estrella de la humanidad entera! ¡La triste herencia de los afligidos descendientes de Adán!

Sino que entre los numerosos miembros de la gran familia racional, sobre la cual pesa la amarga carga del infortunio, el sér que más padece y sufre es la mujer; ángel de resignación y de pureza; flor trasplantada de los célicos pensiles de los bienaventurados al desierto arenal del mundo, para embalsamar la triste vida del hombre, inclinando melancólica su corola al recio soplo del crudo vendaval desprendido de los senos de la intriga y de las exigencias de una sociedad egoísta.

Sí; esa mujer llora; y llora... ¡porque es mujer! Esto es, porque es sensible, obediente y tierna; porque abriga en

su corazón una pasión noble, profunda, inconmensurable; y subordina ese gran sentimiento del alma a la gratitud.

Ama a un sér que se abrasa en su mismo fuego; que sufre al par que ella; que es su vida, su esperanza, su anhelo; y, sin embargo, avasalla todos los afectos; por no manifestarse desagradecida a los beneficios del hombre que la ha cuidado con el esmero de un buen padre, y que desaprueba su amor.

¡Padece y llora para no hacer padecer y llorar al que le da el dulce título de hija!

Un hombre hubiera roto los lazos de todas las consideraciones, posponiéndolas a los derechos de su voluntad; pero la mujer, cuyo pecho es el templo del cariño, de la gratitud y de la sublime abnegación de sí misma, rara vez se resuelve a contrariar a las personas que le han dispensado beneficio. No arroja de su pecho al sér que idolatra; pero espera a que su constancia, sus lágrimas y su obediencia alcancen de los que se oponen a su sentido cariño, el dulce consentimiento que ponga feliz término a su amorosa pena y a sus desdichas.

¡Rasgo sublime de virtud con que la mujer se enaltece a los ojos del hombre mismo que la quisiera ver menos obediente a su familia; pero que, cuando ha alcanzado su mano, ve en aquella obediencia la más segura garantía de su fidelidad!

La melancólica joven que nos ocupa, estaba lánguidamente sentada en una elegante silla colocada detrás de las flotantes cortinas que velaban las limpias vidrieras de una graciosa puerta con vista a un delicado y primoroso jardín alfombrado de exquisitas flores.

El sol, envuelto en un trono de purpúreas nubes, descendía majestuosamente en las altas horas, a otro lejano hemisferio, bañando con los últimos rayos de su moribunda mirada los aéreos contornos de la interesante joven.

Sobre el flotante ropaje de finísima gasa blanca de seda, embellecido con ricos y graciosos adornos, que vela las redondas formas de un esbelto cuerpo, resbala en lucientes cambiantes la vespertina luz crepuscular que, dudando penetrar por entre los ligeros pliegues de las candidas cortinas, suaviza el encendido color que el astro principal le envía, comunicando al celestial semblante de la hermosa esas misteriosas tintas que espiritualizan el rostro de las vírgenes de Murillo.

Una graciosa guirnalda de flores más blancas que las candidas azucenas, descansa sobre el ondulado cabello que